



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



14 de setiembre de 1889



Núm. 98



LA JACA RECELOSA



UN RATO DE CHARLA

Yo no sé lo que va á pasar con nuestro teatro, pero me temo no vaya á caberle la misma suerte que á la poesía lírica castellana, esto es, que acabe por consunción. Así, clarito.

Porque he de advertiros que, muchísimo más extremoso que cierto incomparable crítico, entiendo que no tenemos ni siquiera los dos poetas y medio que á su juicio existen en la lengua de Cervantes, bien que apresurándome á manifestar que coloco á Zorrilla en situación de poeta honorario, glorioso, completo, perfecto, pero apartado ya del actual *concierto*. Mi negación no reza, pues, para nada con nuestro insigne, con nuestro admirable poeta de las *Leyendas*.

No pretendo, empero, que mi opinión sea infalible. Hay un refrán catalán que dice valer más sentencia de médico que de juez (verdad es que es un refrán ya antiguo), y *à fortiori* entiendo que vale más, para las víctimas, sentencia de crítico contemporáneo que no de la posteridad. Quizás me equivoque de medio á medio al no admirar hasta el entusiasmo y el fervor á los Sres. Campoamor y Núñez de Arce, y de veras me alegraría mucho que los venideros les levantasen una estatua á cada uno, á pesar de no tenerla Lope de Vega, ni Quevedo, ni Moratín.

Es difícilísimo dar con un poeta de todas veras: con un Goëte, con un Shelley, con un Alfredo de Vigny, con un Musset, con un Heine, con un Leopardi, con un Zorrilla. No nacen cada día, y aun hay naciones desgraciadas donde han acabado de tenerlos antes que en la España castellana, como Alemania, privada de poetas desde que se murió Heine.

En cambio los franceses tienen la gran suerte de que no les falten buenos y excelentes poetas en medio de la casi general escasez que de ellos se advierte. Por más que busco aquí y allá, no sé ver quién pudiera com-

pararse con Leconte de Lisle, con Coppée, con Sully Prudhomme, con Rollinat, con Jacques Normand, etc., admirables en su forma, siempre interesantes en el fondo.

En Italia hay excelentes versificadores, pero parece que se contentan con hacer música, fuera de Carducci y quizás algún otro de quien no tengo yo noticia.

En Inglaterra y Alemania están como nosotros, en Portugal y el Brasil imitan á los franceses, y en la América del Sur, siguiendo la ley de que el sol amanezca allí más tarde que en la Península, hállanse todavía en tiempo de las odas académicas á estilo de la escuela sevillana.

Gracias, empero, á la diversidad de lenguas que hay en nuestra Península, podemos asegurar que en ciertas regiones españolas la poesía alcanza un grado de esplendor como nunca. Me refiero á Galicia, Valencia y Cataluña, y no puedo decir otro tanto de las Vascongadas por no entender una jota del vascuence.

Por lo que hace á Cataluña y Valencia, puedo asegurar que no creo haya habido nunca en sus respectivas lenguas tan ilustres poetas como al presente. No he podido lograr nunca de que me gustasen los antiguos trovadores lemosines, pero los de ahora (es decir, algunos de ahora) me encantan.

Verbigracia mi querido amigo Francisco Bartrina, á quien, si lo sabe, voy á dar un susto al decir que le prefiero á Coppée, y le comparo con éste por ser del mismo género. Francisco Bartrina es el poeta del sentimiento hondísimo, de la naturalidad cumplida; un corazón con una pluma que escribe; y no escribe más sino lo que el corazón siente, y de la misma, mismísima manera que lo siente. A ver quién resiste que le metan un corazón por los ojos sin que éstos se echen á llorar si el corazón llora. Este es el poeta de las intimidades, el que uno lee para sentir dulcemente; y tiene además la ventaja de acabar pronto.

Verdaguer, el celebrado Verdaguer, es de otra suerte. Gracias á él tenemos en nuestra España un poeta épico de veras; impone, admira, pero



La jaca recelosa

no es tan simpático como Bartrina, aunque no es esa tampoco su misión.

Si por un esfuerzo de química intelectual fundiéramos ahora Bartrina y Verdaguer, nos saldría hecho y derecho D. Teodoro Llorente, el autor del inestimable *Llibret de versos*, el poeta por excelencia, en cuya lira vibran todas las cuerdas con armonía ora graciosa, ora sublime, encantadora á veces, majestuosa otras, admirable siempre.

Galicia tiene dos poetas que valen por un par de centenares de los que se usan en otras partes: Rosalia Castro y Curros Enríquez. Poesía dolorida, bien propia del terruño, dedicada á altos fines; eco de un pueblo, no de un individuo. No se trata de escribir versos, sino de vaciar sentimientos y de expresarlos con toda la intensidad con que se sienten.

Y hé ahí lo que no veo en los poetas castellanos. Algunos se limitan á cultivar el arte por el arte, y al acabar se dice uno:—*Bien, y ¿qué?*—Otros porfían por hacerse los filósofos burla burlando y sale una cosa que ni es filosofía, ni es poesía; y aun lo peor es que, sin duda por la flojedad de la forma, se hace esta contagiosa por imitación, como un bostezo, y todo el mundo bosteza desaforadamente, exagerando el elegante sintoma de fastidio del original.

Pero ¿qué he estado charlando? Me proponía hablar del teatro y me encuentro con que todo lo que he dicho es una digresión del asunto. No borro nada, sin embargo: dejaremos para otro *Rato* ocuparnos en el verdadero objeto que debía tener este.

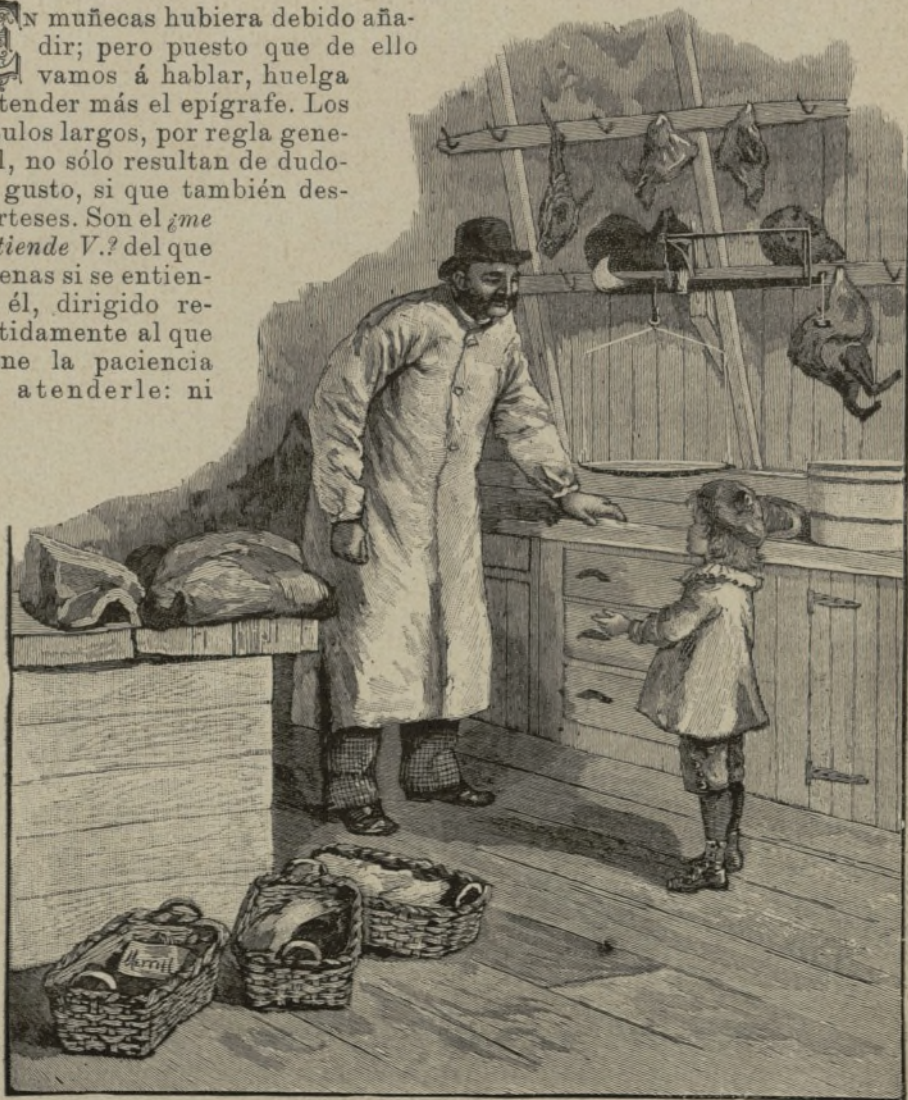
Siempre vuestro,

ANTOÑITO



EL ULTIMO INVENTO

Con muñecas hubiera debido añadir; pero puesto que de ello vamos á hablar, huelga extender más el epígrafe. Los títulos largos, por regla general, no sólo resultan de dudoso gusto, si que también descorteses. Son el *¿me entiende V.?* del que apenas si se entiende él, dirigido repetidamente al que tiene la paciencia de atenderle: ni



El criadito

más ni menos. De ahí que la precaución y el buen sentido obliguen siempre á acoger con reserva los títulos pomposos y retumbantes. Eso y las tapas bonitas resultan siempre una detestable recomendación. Apuntada esta advertencia, vamos á las muñecas, asunto que desde luego os será más simpático y agradable que cuantas apreciaciones á la expuesta pudiera añadir.

La industria jugueteril ha prosperado mucho desde algunos años acá. Innumerables fábricas, á las que acuden millares de obreros, construyen anual-

mente incalculable numero de juguetes que los pequeños cuidan de destruir, único medio de contribuir al fomento de una industria tan superflua como lucrativa. Todo lo grande se achica, lo imperfecto se perfecciona, se embellece lo desagradable, se obran verdaderos prodigios, constrúyense deliciosas inutilidades que resultan maravillas de la inventiva; halagando de esta suerte el gusto y la afición de los niños por medio de sorpresas á cual más seductora y agradable.

Y esos adelantos, donde mayor perfección han alcanzado, ha sido en el ramo de muñecas.



Preguntas inocentes

Las niñas son de suyo impresionables, y la industria (que no la moda) ha explotado siempre en provecho propio esta circunstancia. ¡Cómo olvidar la impresión, el éxito, el *succès* de las primeras muñecas que *hablaron*! Poseer uno de aquellos condiciados juguetes era la suprema ambición aún de las más descontentadizas de las niñas. Lo recuerdo perfectamente: se tocaba de un resorte, y el prodigioso juguetillo, por medio de la presión del aire comprimido acumulado en una maquinilla interior, dejaba oír un vagido parecido á un *papá*, *mamá*, comprensibles á las niñas de todos los países. La ilusión era completa. Aquellas sílabas apagadas y borrosas resultaban de una elocuencia arrolladora.

A las muñecas citadas sucedieron las automáticas, cuya aparición marcó un gran adelanto en la esfera de las preciosidades de porcelana y cartón. Muñecas que echaban á andar moviéndose en gracioso contoneo, que se hincaban de rodillas, movían los bracitos, entornaban

los grandes é inmóviles ojos azules, se sentaban y obedecían á cuantos movimientos se les imprimía, forzosamente debían ser recibidas con verdadera fruición por las niñas hacendosas y aplicadas, y sobre todo por las aficionadas á las artes mecánicas, que son las que forman en mayoría entre las coleccionistas de juguetes rotos y estropeados con el plausible fin de estudiar su mecanismo.

Aparecieron después los ponderados *bébés Jumeau*, como si dijéramos la burguesía de la clase, con tan aparatosa ostentación y faustuosidad se las exhibe. Muñecas fabricadas con el exclusivo objeto de pregonar que son las más costosas y haberlas, por consiguiente, de tener guardadas bajo un fanal, no se recomiendan en manera alguna: concediéndoles mucho, serán objetos de adorno, pero nunca objetos de distracción. Es verdad que se fabrican hoy juguetes dignos, por su valor y novedad, de ser cuidadosamente conservados; pero éstos no son los *bébés*, sino preciosidades que se imponen por su propio mérito y originalidad. Y ya que de preciosidades juguetiles os hablo, os recordaré los que el rey D. Francisco ha traído de París á sus nietos el rey y sus reales hermanas. Consisten éstos en un triciclo, destinado indudable-

mente á D. Alfonso; una muñeca automática que se viste y se desnuda, toca el piano y hace juegos de prestidigitación; y otra muñeca insumergible; juguetes todos dignos de los augustos niños á que han sido dedicados.

Sin embargo, toditas las preciosidades que os he recordado, esos maravillosos juguetes, encanto y delicia de la gran mayoría de las que me leéis, no son más que insignificantes entretenimientos, comparados al último adelanto, á la asombrosa sorpresa que os prepara el célebre Edison; Su Majestad Edison, como llaman en París al gran hombre.

Como expansión de sus profundos estudios, dedica actualmente Edison sus preferencias en construir una muñeca que hablará durante una hora. El primer modelo no se hará esperar. Por la complicación del mecanismo (eléct-



Preguntas inocentes

trico indispensablemente) el juguete resultará caro; pero ya vendrán las imitaciones y la moda se propagará. Todas las niñas podrán echarse una amiguita de nueva invención. Si Edison completa su obra haciendo automáticas á sus muñecas, resultará verdaderamente asombroso ver, en los paseos de niños,orros de muñecas departiendo amigablemente con sus caritas impávidas de nieve y rosa, fijos los transparentes ojos, ondulante la blonda cabellera, con sus trajes correctísimos y lujosos, formar otro mundo más bello y seductor cuanto más vago é ideal.

Las niñas que no tienen hermanitas, ¡qué gran beneficio van á deberle á Edison!

Se acabó la charla con el canario, el perro, el gato ú otro animal casero; se acabaron las largas pláticas á solas sostenidas, ó ante la luna de un armario; se acabó contarle á un mueble lo que piensa y los secretillos que para él guarda: de hoy en adelante podrá contar con una *amiguita*, la cual sostendrá con ella largos paliques, y no le replicará jamás, y hará en todo su santísima voluntad; circunstancia inapreciable para vivir siempre en paz y conservar inalterable amistad.

Una muñeca podrá no resultaros una amiga inteligente, pero es indudable que os resultará una amiga discretísima, y una amiga discreta es la mejor compañera que puede prometerse una niña que desee conservar con toda su frescura y encanto los adorables atractivos de la niñez.

ANTONIA OPISSO

LOS CUENTOS DE LA ABUELA

I

JULIA y Luis eran dos niños muy hermosos, pero muy traviesos. Ni los consejos de su mamá, ni los azotes que su papá les daba de vez en cuando, eran suficientes para corregirlos: cuanto más les pegaban, menos escarmentaban; así es que su mamá decidió no decirles nada y su papá dejar los azotes.

Sin embargo, la idea de que sus hijos estuviesen mal educados mortificaba á su madre, que tanto se sacrificaba por ellos, y hacía pensar á su padre, que como hijos tanto los quería.

En vano había intentado su papá ponerlos de colegiales en algún colegio, y su mamá dejarlos muchos días sin comer ó sin cenar, según fuese conveniente. Pero esto no bastó, y lo peor era que ya no bastaría nada, para corregirlos.

A pesar de esto, la abuelita de los niños, señora muy amable y muy cariñosa, se excusa decir el interés que se tomaba por sus nietos; y á fuerza de discurrir dió con una idea sumamente ingeniosa.

—Mira,—dijo un día la abuelita á su hija;—he pensado contarles unas historias que oirán con atención, porque ya sabes que los cuentos les gustan mucho, y al mismo tiempo servirán de ejemplo á Julia, la desobediente, y á Luis, el miedoso y mal trabajador. Si con esto no se corrigen, puedes estar segura que tus hijos no se corregirán ya nunca; y no tendrás tú la culpa, que eres una buena madre y por lo tanto te has interesado por ellos como nadie.

—Madre, vuestra idea me gusta y por lo tanto es preciso no dejarla enfriar. Póngala V. en ejecución; y si esto no los corrige, su madre ha decidido dejarlos y que sea lo que Dios quiera.



El velo de la luna

II

- Julia, Luis,—dijo la mamá, llamando á sus hijos.
- ¿Qué quieres?—le respondieron éstos.
- Venid, que vuestra abuelita os llama.
- Siempre será para darnos algún sermón,—dijo Julia.
- O para hacerme á mí estudiar, que sabe que tan poco me gusta.



El velo de la luna

—No es para ninguna de las dos cosas: es para contaros unas historias que á vosotros os han de gustar mucho.

—Sí, sí: á mí me gustan mucho los cuentos,—dijo Julia.

—A mí también,—dijo el miedoso;—pero si están los pasillos oscuros no voy.

—No: ya os acompañaré yo,—dijo la mamá.

—Siendo así...

Y cogiendo la mano á su mamá, se dirigieron hacia el gabinete. Su abuelita se hallaba sentada en un sillón, con los pies puestos al lado de la estufa,

donde chispeaba un buen fuego, suficiente para calentar aquella salita donde la abuela pasaba el día.

—Sentaos,—les dijo,—que como sé que os gustan mucho los cuentos y sabéis que yo sé tantos, voy á contaros dos que tengo la seguridad de que os gustarán.

—Empiece V., que estamos impacientes.

Y, sin aguardar á más, la abuelita comenzó diciendo:



LA CONDESITA

(AVENTURAS DE UNA NIÑA REVOLTOSA)

Era una niña muy hermosa, pero desobediente cual no hay otra. Se llamaba Rosa y era hija de la condesa de ***

La mamá había vestido y arreglado muy bien á Rosita para que saliera á pasear, encargándole su mamá, cuando se iba, que no se separase un momento de su criada. La niña prometió hacer lo que su mamá le decía, y, cogiendo su hermoso aro dorado, bajó las escaleras y al llegar á la calle quiso empezar á correr con él.

—No,—le dijo la criada.—¿No ves que hay mucha gente y estorbarás?

—Yo no los estorbaré,—dijo la condesita.—Ellos son los que á mí me estorban.

—Pero has de saber,—dijo aquélla,—que ellos tienen tanto derecho á ir por la calle como tú; y si se enfada alguno y te pega...

—Si me pega se lo diré á mi mamá; y, además, no quiero oír consejos tuyos, porque no te he de hacer caso, pues cuando no está mamá yo soy dueña de hacer lo que quiera. Por lo tanto no gastes saliva en balde, pues ahora mismo voy á echar mi aro: ¿lo ves?

Y diciendo esto empezó á correr con él, sin hacer caso á la criada, que la llamaba á grandes voces.

Corrió por calles y callejones, hasta llegar á la entrada de un camino que ella no sabía dónde conducía; pero sin darse cuenta ni pensar en lo que le podría suceder, siguió corriendo hasta llegar á la orilla de un riachuelo que no vió, y, como corría tanto, fué á caer en él sin poderse contener, juntamente con su aro, que tenía entre las manos.

Se levantó como pudo, toda mojada, y entonces vió que se hallaba en

medio de un campo solitario y oscuro, pues la noche iba esparciendo sus sombras sobre la faz de la tierra. Rosita vió aparecer la luna, la cual le servía de antorcha; pues, de no haber sido por ella, no hubiera podido saber dónde estaba.

A pesar de esto, no tenía miedo, pero sí mucho frío, pues su ropa estaba toda mojada del baño que se había dado. Quiso volver á casa, pero no sabía el camino. Al fin decidió subir á un pequeño monte que había cerca de ella, para cerciorarse de si estaba sola. Llegó, por fin, á su cima con grandes trabajos. Miró, pero no vió nada más que muchos murciélagos que revoloteaban



La jaula de los niños

por encima de su cabeza. Quiso entonces escuchar por ver si oía la voz de su criada, pero no oyó más que el canto de los grillos, el lúgubre acento de las lechuzas y el silbido del aire, que se desencadenaba con furia. ¡Qué horror! ¡Encontrarse sola en aquel paraje extraño que ella no había visto nunca! El frío y el miedo se apoderaron de ella al mismo tiempo, y como único recurso se dirigió á una cueva que había allí cerca. — ¡Quizá me servirá de abrigo! — dijo. Y se dirigió con paso apresurado hacia ella.

Mas apenas había dado un paso dentro de la cueva, cuando se encontró frente á frente con un lobo, cuyos ojos brillaban en la oscuridad como dos ascuas de fuego. El peligro que á Rosa amenazaba era muy grande. La niña se quedó parada, sin atreverse á menear un pie. La condesita miraba al lobo y el lobo á la condesita, sin pestañear ninguno de los dos. Rosita quiso llorar y no podía; quería huir y tenía miedo, no fuera que el fiero animal la siguiera. Se decidió, por fin, á menearse: dió un paso hacia la boca de la

cueva, y el lobo permaneció quieto. Estuvo otro rato sin moverse, y al fin retrocedió otro poco. El animal bajó la cabeza en ademán de querer dormir: no quería manchar sus dientes con la sangre de aquella niña revoltosa. Rosa, por fin, dió una vuelta y se encontró fuera de la cueva y en medio del campo, que permanecía tan oscuro como antes, pero que á la condesita le pareció más imponente. Una vez libre de aquel gran peligro, empezó á correr tanto como se lo permitían sus piernas, hasta que, rendida de cansancio, se sentó en una piedra, mientras se enjugaba los ojos, llenos de lágrimas, con su pañuelo bordado. Bajó la cabeza, arrepentida de haber desobedecido á su mamá; pero, al bajarla, un murciélago pasó rozando sus alas por las mejillas de la niña. Rosa, que no sabía qué había sido aquello, no pudo contener un grito, el cual despertó á otro lobo que dormía en una cueva cercana. La condesita, en cuanto lo vió, empezó á correr ligera como el viento. Volvió la cabeza, y ¡cuál no fué su miedo al ver que la seguía aquel fiero animal! La niña, entonces, pidió á Dios que la salvara de aquel peligro. Entonces volvió á mirar, y ¡horror! el lobo estaba muy cerca de ella.

*
*
*

Yo no sé de qué manera se salvaría Rosita: sólo llegué á saber que cuando llegó á su casa pidió perdón á su mamá, y fué desde entonces un modelo de bondad y de belleza.

(Se concluirá)

ALBERTO CASAÑAL



❖ NUESTROS GRABADOS ❖

LA JACA RECELOSA

El joven Ricardo tenía empeño en apoderarse de una jaquita muy retozona que corría continuamente por el pasto, á fin de montarla en pelo y hacer una excursión por la campiña; pero el cuadrúpedo era muy esquivo y no se dejaba coger fácilmente. Cierta día, no obstante, Ricardo se valió de una treta. Llenó su sombrero de trigo, y, acercándose cuanto pudo á la jaca, se lo mostró. El animal, aunque receloso, aproximóse lo bastante al joven para que éste pudiera cogerle de las crines y ponerle los arreos, que ocultaba tras la espalda; hecho lo cual, montóle y dió un buen paseo.

Pasados algunos días, Ricardo quiso repetir; pero, aleccionada ya la jaca, no se dejó coger, y su perseguidor, rendido al fin de cansancio, dejóse caer en tierra, renunciando á su paseo ecuestre.

EL CRIADITO

Miguel, niño de cinco ó seis años, servía algunas veces de criado á su mamá para ir á comprar la carne; y como era muy gracioso y le conocían bien, el tendero le servía dándole siempre la mejor.

Una mañana Miguel recibió orden de ir á comprar un poco de solomillo; pero cuando estuvo en la tienda pidió un pescado fresco, y, habiéndole preguntado su mamá que por qué llevaba aquéllo, el niño contestó que le parecía bien variar un poco la comida. El padre se rió mucho de aquella gracia, y desde entonces le llamó *el criadito de la casa*.



Jorge y su carrito

PREGUNTAS INOCENTES

—¿De dónde viene eso?—preguntaba el señorito Joaquín, que, asomado á la ventana con su mamá, miraba como caían en abundancia los copos de nieve.—Parecen hojas desprendidas de árboles blancos.

—Sí, hijo mío,—contestó la madre;—son de unos árboles que hay allá en las nubes. Cuando sopla con fuerza el viento, caen á tierra, y en tal número que cubren el campo y la ciudad de una blanca alfombra.

—Y ¿cuida los árboles algún jardinero?

—Sí y también es el Soberano que gobierna en el cielo y rige los destinos del mundo.

EL VELO DE LA LUNA

Una noche, después de contemplar durante largo rato el cuarto creciente de la luna, el buen Santiago volvió á su casa, al parecer muy caviloso.

—¿Cómo es,—preguntó á su hermana mayor, sentándose junto á ella,—que unas veces la luna parece una gran bola de plata, y otras una raja de melón?

—Eso es,—contestó la hermana,—porque tiene un velo que tan pronto está corrido en parte como descorrido en todo.

—Y, cuando se gasta ese velo, ¿quién hace otro?

—Unos niños que se llaman ángeles.

Satisfecho al parecer con esta contestación, Santiaguillo se fué á dormir; pero aun le quedaban algunas dudas, que se propuso aclarar al día siguiente.

LA JAULA DE LOS NIÑOS

La bella Matilde había hecho un viaje á América con sus padres. Una tarde, paseando por el campo, acertó á pasar junto á una cabaña donde dos niños, de muy pocos años, agitábanse y lloraban, acosados de continuo por las moscas, que allí eran muy abundantes. Compadecida Matilde, volvió á su casa meditando sobre el medio que se podría emplear para que aquellos insectos no molestasen á las pobres criaturas, y al fin ocurriósele uno. Rogó á su padre que con unos travesaños de madera construyera como un cajón, el cual se cubriría con una gasa, formándose así una especie de mosquitera. Hízose así, y Matilde corrió á regalar el objeto á la madre de los niños, que era muy pobre, y que, gracias á la generosidad de la joven, pudo preservar á las criaturas de las importunas moscas.

JORGE Y SU CARRITO

Jorge tiene un carrito que, tirado por una cabra, le sirve para pasear y constituye su mayor recreo. Todos los días hace alguna excursión. Pone en el pequeño vehículo una cesta con provisiones, siéntase cómodamente, empuña las riendas y emprende la marcha. El perro va delante, ladrando de alegría, y detrás corren las gallinas, porque saben que Jorge les dará algunas migas de pan. La excursión es siempre corta, porque no se permite al niño alejarse mucho de casa.

MONÓLOGO DE UN PERRO

Mé llamo *Leal* y estoy muy contento; pero tengo envidia de la niña, porque la quieren más que á mí. Es una hermosa criatura de mejillas sonrosadas y cabello rubio; mas me exasperan las preferencias de que es objeto. Desde un día que la enseñé los dientes porque me tocó, mi amo no me deja acercarme á la criatura y hasta me mira con malos ojos.

Para vengarme habíame propuesto morderla, y cierto día, deslizándome hasta la cuna, apoyé las patas en el borde para llevar á cabo mi proyecto; pero, al ver cuán hermosa era la niña, en vez de morderla lami su rostro cariñosamente.

El amo me sorprendió en aquel momento, y desde entonces me acaricia siempre, porque ahora sabe que profeso á la niña el mayor cariño.



MUFLÚ

(Continuación)

Cuando su madre pensaba, y pensaba en ello casi siempre, que dentro de algunos meses tendría que meter la mano en la cántara y si sacaba un número malo se lo quitarían por tres años, la pobre mujer sentía rompersele el corazón. Muy á menudo, á la hora del crepúsculo, iba sin decir nada á arrodillarse y á rogar con toda su alma ante el Tabernáculo blanco.

Pero, por más que rogara, el buen Dios no podía hacer ningún milagro para salvar á Tasso del servicio militar. Si sacaba un número bajo, veríase obligado á dejarles, aun cuando debiesen morir de hambre una vez no estuviera allí él para ganar su pan cotidiano.

Una mañana estaba sentado Lolo, como de costumbre, en el parapeto de la iglesia, y tenía á *Muflú* á su lado. Era una brillante mañana del mes de setiembre. Unos hombres que arrastraban carretones, y tros que tenían sus tiendas al aire libre, vendían loza, pañuelos de seda y sombreros de paja, que era el fondo del comercio tal como se practica en los alrededores de Or San Michele.

Eran cerca de las once. Los pobres se iban á pedir limosna á la puerta de la cofradía de San Juan Bautista. El barbero de la esquina estaba en vías de afeitar á un hombronazo que tenía una servilleta arrollada alrededor del cuello. Los vendedores de loza gritaban hasta ponerse roncós:—¡A un sueldo la pieza! ¡Dos sueldos las tres!—Tocaban las campanas. Algunos hermanos de la Misericordia llevaban un ataúd pintado de negro. Lolo miraba toda aquello, *Muflú* hacía como él, y un extranjero que salía de la iglesia se puso á mirarlos á los dos.

—Tenéis ahí un famoso perro, amiguito,—dijo á Lolo.

—Es muy majo *Muflú*,—respondió Lolo con orgullo.—¡Si le vierais cuando le acaban de lavar! Pero sólo podemos lavarle los domingos, porque durante la semana Tasso no está allí.

—¿Qué edad tiene vuestro perro?

—Tres años.



Monólogo de un perro

—¿Sabe hacer habilidades?

—¡Ya lo creo!—respondió Lolo con una risa un tanto sarcástica.—*Muflú* lo sabe hacer todo: anda mucho tiempo sobre las dos patas, hace el ejercicio, hícese el mortecino, baila el vals, pide limosna... ¡Lo sabe hacer todo, todo! ¿Queréis que le haga hacer alguna habilidad delante de vos?

—Con mucho gusto,—dijo el extranjero.

Muflú y Lolo estaban absolutamente en su casa mientras se hallaban en la calle. La *piazzetta* de la iglesia, tan completamente desierta á ciertas horas y

en otras horas tan alegre y tan viviente, no era para el niño y el perro sino una prolongación y un auexo del umbral de su puerta.

Lolo mandó y *Muflú* obedeció, y mostró todo lo que sabía. El don de aprender era innato en *Muflú* como en la mayor parte de los perros de aguas. Veníale tanta habilidad de sus padres, que habían sido muy inteligentes; y, como nunca le habían asustado ni violentado, todo era juego para él. Salió admirablemente airoso de todos sus ejercicios. Los vendedores de loza se acercaron para mirarlo, un sacristán salió de la iglesia sonriendo; el barbero, abandonando á su cliente, que tenía la barbilla embadurnada



Monólogo de un perro

de espuma de jabón, fué á mirar también y se echó á reir: las buenas gentes del barrio estaban orgullosas de *Muflú*, y no dejaban de verle *manos á la obra*.

El extranjero seguía con mucho interés aquel juego. En cierto momento dijo á Lolo:

—¡Cómo le divertiría ese perro á mi pobre Víctor! ¿Querriais venir á mi casa con vuestro perro para distraer á un niño enfermo que tengo en ella?

Lolo respondió, sonriendo, que no deseaba otra cosa. Pero ¿dónde vivía el enfermito?

—En el hotel de la Gran Bretaña,—respondió el extranjero.—Venid esta tarde y preguntad por el nombre del viajero que dice aquí.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA